DOS POEMAS INÉDITOS DE **ANGELINA GATELL**

ANTÍGONA RECUERDA

Creonte:

A Eteocles, que se le entierre y se le hagan los sacrificios expiatorios que deben acompañar a los valientes, pero a su hermano Polinices que nadie lo honre con sepultura ni lo llore, sino que lo dejen insepulto, su cuerpo expuesto a los perros para que lo devoren.

De *Antígona*, Sófocles

Así dijo Creonte,
regresado después de tantos siglos.
(Ellos, no lo olvidéis,
siempre regresan).
Su terrible presencia fue quemando
la cálida fragancia del jazmín
mientras el gesto
de su brazo derecho emborronaba el aire
y el mirar de sus ojos
era la página
más fría de la nieve.

Puso sobre el mantel trizado
los utensilios de la muerte,
tan repetidamente bendecidos
por los hombres de Dios,
y levantó su voz como una copa
de licores exiguos
donde borbotearon
incontables burbujas
de sangre luminosa.

Y ocurrió entonces que un ubérrimo
silbido de serpientes
recorrió los caminos, las ciudades, los días
vividos y por vivir aún,
estableciendo
-con insistencia y método-
sus códigos,
ya en la lejana Tebas practicados.

Y así fue como Eteocles
fue ungido con amor y alcanzó entre nosotros
largos días de luto constelando
la noción de su muerte
de múltiples, de incontables gemidos
que poblaron la dimensión de un tiempo
de dolor y de espanto.

Así fue como Eteocles
obtuvo aquel gran desconsuelo
que se extendió hasta el valle
y alzó su enorme cruz, tallada
por la mano extenuada del vencido.
La cruz que aún a diario –ay, vergüenza-
flagela el esplendor del alba.

Tuvo también guirnaldas, himnos, lauros
cimbreando la luz sobre su frente,

declarando inocentes, uno a uno,
sus gestos más obscenos.

(Incluso aquellos
que perduraron hasta
abrasar el puro metal de la esperanza
y tornarlo ceniza,
haciendo de las conciencias
un territorio sembrado de sal, sin otro fruto
que la flor arbitraria del agravio
y el hedor incesante
del desconocimiento).

Fue así como Eteocles
subió a su pedestal y allí, esculpido
en los más bellos mármoles,
perduró en la memoria
digno de infinitud,
merecedor de salmos.

Pero, llama de aquella misma hoguera,
brasa de aquella misma muerte
que uno a otro se dieron,
mi hermano Polinices nada obtuvo.
A él, al expoliado,
se le otorgó tan sólo el improperio,
la soledad glacial de la intemperie,
la marca oprobiosa del proscrito.

Y fue incluido
en la alta montaña del silencio,
sólo rondada por los perros
y condenado para siempre
a sus aullidos.

Y fue la sombra,
su único lugar cuando la ira

germinó entre las manos de Creonte,
bajo su barro enfermo, y dio aquel trigo
que fue acidez y estrago.

Y así nació, conforme, entronizada,
la aceptación, la alegoría
del ensimismamiento,
la crecida del agua
de la complicidad, sus ríos, sus afluentes...

Y aquellas voces acarreando
las espurias palabras de los hombres
que no creen en la vida y su miseria
hiela los párpados del tiempo
para aquietar su claridad y llevarla
a los pasadizos del olvido.
Aquellas voces
que oscurecidas por el miedo
fueron envejeciendo emborronadas
por su propia sombra y dieron
extraños nombres a la cobardía.

"Tapiad las siete puertas
de Tebas, cerrad ventanas,
corred cortinas para que nadie pueda
ver a Polinices insepulto.
Lejos,
quien no haga de la desmemoria
su refugio o su féretro.
Lejos, muy lejos, quien se asome y mire".

Y así el cuerpo de mi hermano fue entregado
a la humedad de los barrancos,
a la heredad de las cunetas,
a la sombra trémula de los encinares,
a un tiempo huyendo hacia ninguna parte...

Recuerdo, sí, recuerdo
como también yo, desposeída
de la luz y del aire,
fui llevada a la noche y a su frío
donde mis días
cayeron uno a uno como hojas
secas,
ay, tiempo no gustado
donde mi voz tapiada
no tuvo ya sentido
y lenta, inexorablemente,
se adentró, tan cansada, en el silencio.

PERO DE PRONTO EL AIRE

I

Pero de pronto el aire
es un gemido, un pájaro
que sufre.
Lo percibes como un latido
que te acribilla el sueño al asomarse
a esa ansiedad en que te has convertido
irreversiblemente.
Habrá alguna razón -te dices-
para tanta desdicha, una respuesta
a la pregunta que formulas,
o quizá un argumento en donde
nombrar a dios sea tan sólo
fabulación, tramoya,
perfil de la impotencia.
La mañana no puede mirarte cara a cara
y se encoge de hombros cuanto tú la transitas
mendigando sosiego, mientras
allá en tus laberintos se apagan por completo
las últimas estrellas que endulzaron la noche.

II

Pero de pronto el aire
es también el silencio
o el ángel maldiciente,
o el agua, que desborda tus presas,
la lentitud, e irrumpe...
Te preguntas por qué este desamparo
donde el aire te obliga y te somete
a ser la herida
que ensangrienta tus límites, frontera,
de tu respiración o inexorable
ventana abierta en lo imposible.

Te evocas
en la muchacha aquella que tenía
lápices de colores
para escribir amor en los cuadernos
de un bachiller nocturno,
pero no puedes
reconstruirla: es sólo un garabato
entre los dedos
enquistados del aire.

III

Pero de pronto el aire es una ausencia,
apenas cálculo o punzada, en esa
encrucijada de tu pecho
donde la muerte espera y te sonríe.
Pero de pronto el aire agita sus pañuelos
como al descuido en las acacias
que vigilan tu casa.
Te reconforta imaginarlo
en los pasadizos de la angustia
o en los ruidos
que frecuentan la noche
monótono y silbante, emergiendo
como un genio de ese
generador de oxígeno
al que vives uncida tantas horas,
sin más recurso
que una palabra amiga o unos versos
salvados
difícilmente del vacío
que te ocupa la vida.
Pero de pronto el aire, cuando menos lo esperas,
se acurruca en un lugar de ti que no consigues
adivinar cuál es ni dónde duele,
como si fuera un sueño.

IV

Pero de pronto el aire
no falta únicamente en tus pulmones,
no deja su maltrato en la criatura
tan inerme que eres... Hoy el aire,
una vez más, ha acuchillado al mundo.

Perdonadme la queja que formulo
sólo por mí en la noche.
Quince de julio, viernes, ocho cuarenta y cinco.

V

A Javier García

Paso a limpio la nada.
Javier García

Pero de pronto el aire
te acude como un perro dulcísimo,
lame tu piel vejada
donde los corticoides liberan a diario su ira.
Él mueve las orejas, las agacha
al borde mismo de tu lágrima,
pasa a limpio la nada y te mira
con esos ojos suyos
de cristal indeciso. Te consuela.

VI

Pero de pronto el aire
de la noche de julio se resiste
a abastecerte.

Son las tres. Tu insomnio
es esa sala del museo en donde
fuiste colgando cuadros, las amadas imágenes
de ayer, los sueños...
Todo
lo que dejó de ser cuando creías que era.
Un coche,
vulgariza el silencio, deja
en él su lanzada y en tu pecho
se acrecienta la angustia
hasta ser esa roca que lo ocupa
con más frecuencia día a día.

VII

Pero de pronto el aire
tiene un regusto extraño
quizás aún más amargo que tú misma,
más sufridor, más hecho a la tristeza,
al siempre, al nunca más de cada instante
y te tiende la mano y te asegura
que a la vida le basta con morir
para saberse hermosa.
"Ven conmigo -te dice-,
toca la mañana, sube
al esplendor del pájaro. No consientas
que se te apague el sueño que tuviste
y situaste
más allá de ti misma, de las pequeñas cosas
sólo a ti reservadas. Restituye
tu corazón a la esperanza
que le debes al mundo y que el mundo te debe".
Y sigue.